

seau como él juzga de la de los filósofos que antes he refutado, y dirigirle á él sus mismas palabras? «Nunca jamás, decis, la verdad es nociva á los hombres; yo también lo creo como vos, y esta es á mi parecer una grande é irrefragable prueba de que no es verdad lo que me enseñais.»

En virtud de sus mismos principios, y con todo el peso de ellos, cae también como Hobbes, en la indiferencia absoluta de religiones. En efecto, el uno las declara todas falsas, ó de institucion humana; el otro no sabe si hay alguna verdadera; y aun suponiendo que la haya, cree que es imposible el descubrirla. En ambas hipótesis es igualmente absurdo el creer, é igualmente inútil examinar. La conclusion es la misma, aunque las premisas sean diferentes. Yo no examino ni reflexiono aquí sino sobre las máximas confesadas y reconocidas por sus autores; porque en realidad de verdad Rousseau no evita el ateísmo, adonde irremediabilmente conduce su sistema, sino multiplicando contradicciones. De cualquier manera que sea, probando que hay una Religion verdadera, acabaré de refutar á los indiferentistas políticos; y refutaré á Rousseau, manifestando que Dios ha dado á todos los hombres un medio seguro, fácil, infalible para discernir la verdadera Religion de las falsas.

Si el lector sintiese alguna repugnancia al seguirme en este exámen y discusion importante; si dándosele poco de la verdad, rehusase consagrar á serias meditaciones algunos de los instantes, que con tanta prodigalidad dedica á los placeres, no quedaria ya otro consuelo que llorar y gemir profundamente sobre la miseria del hombre, á quien todo le atree, agita, mueve é interesa menos sus destinos eternos.

CAPÍTULO V.

Siguen las consideraciones sobre el segundo sistema de indiferencia, y reflexiones sobre la Religion natural.

Toda la dificultad que se encuentra al impugnar las doc-

trinas filosóficas, es reducirlas á máximas fijas y precisas. En llegando á lograr esto está todo hecho, porque ellas se refutan y destruyen por sí mismas. El error no embargado ni sorprende sino cuando disfrazándose bajo mil formas diversas, y huyendo, digámoslo así, por su móvil é inconstante inconsecuencia, el cuerpo de la vista del entendimiento que quiere examinarlo, á fuerza de variaciones, logra ocultarse á los ojos de la razon. Este es el grande talento de Rousseau, y su método constante. Demasiado sagaz para no conocer el vicio de su sistema; percibiendo á cada paso las objecciones que desde luego se ofrecen á millones, procura prevenirlas ó eludir las, ya por discursos ambiguos, ya por concesiones formales, que en seguida tácitamente revoca: y seguro de poder, por medio de una lógica flexible y en todo afectuoso y sentimental, engañar y hacerse creer de los lectores incautos, muda á cada paso de principios y de cuestion; pasa diestramente, segun la necesidad, de una hipótesis á otra; establece un supuesto, y lo abandona, y lo reproduce en seguida para abandonarle de nuevo; mezcla artificiosamente el error con la verdad; pone en boca de sus adversarios argumentos ridículos, y opiniones que no admiten para prepararse así un triunfo brillante; acalora, enardece, deslumbra, fascina con frases cuando no puede convencer por pruebas, y de este modo consigue obrar en los otros una ilusion que él no tiene. Jamás hombre alguno hizo uso mas hábil de las voces. Sin tener casi un pensamiento propio, todo su gusto al parecer es reunir los delirios ya de largo tiempo olvidados: y sorprender el entendimiento, ofreciéndoselos hermosados con todas las gracias de una elocuencia encantadora. El atractivo de su estilo es tal que se enseñorea de los sentidos como una dulce y suave melodía, y en el entretanto el alma se embriaga con las seductoras máximas de una filosofia que promete una lisonjera superioridad de luces al orgullo, la independenciamiento al pensamiento, pero que en realidad ¡ay! no produce mas que la esclavitud vergonzosa de la razon y la muerte del alma.

La causa principal de las contradicciones que nos han asombrado en Rousseau, proviene de que, estando íntimamente convencido que se destruiria la sociedad aboliendo las Religiones positivas, sus principios no obstante

le precisaban y forzaban á desecharlas como falsas, y por consiguiente como nocivas. « Las revelaciones, dice » él mismo, no hacen mas que degradar á Dios dándole » pasiones humanas. Los dogmas particulares, léjos de » aclarar las nociones del Ser supremo, veo que las em- » brollan y confunden; en vez de ennoblecerlas las envi- » lecen; que á los inconcebibles misterios que le rodean » añaden contradicciones absurdas, que hacen al hom- » bre orgulloso, intolerante, cruel; que en vez, en fin, » de establecer la paz sobre la tierra, traen á ella el » hierro y el fuego. De que, y para que sirve todo esto, me » pregunto varias veces á mí mismo, y no sé que res- » ponder. No veo en ellas otra cosa mas que los delitos de » los hombres, y las miserias del género humano¹. »

Ateniéndose rigurosamente á esta pintura, debiera haber sido muy difícil imponer á cada hombre como *una obligación el amar y seguir la Religion de su país; es decir, crear contradicciones absurdas; ser orgulloso, intolerante, cruel; abrazar, seguir, y amar doctrinas que en lugar de establecer la paz sobre la tierra, traen á ella el hierro y el fuego;* y en las cuales, en fin, Rousseau *no ve mas que los delitos de los hombres y las miserias del género humano;* y sin embargo Rousseau lo hace.

Por otra parte él conoce que proscribiendo los cultos, de los que forma un retrato tan poco lisonjero, se acabaria toda Religion entre los hombres; y en su sistema le es absolutamente indispensable tener alguna. Por consecuencia, no quedándole mas recurso que excoger entre las contradicciones, ha preferido sagazmente la que le era útil en aquel momento; y dejando de representar las Religiones positivas como falsas y perniciosas, las ha declarado todas *igualmente saludables,* ó igualmente verdaderas. El *deber y obligación de profesar sinceramente* la del país en que se ha nacido se deducia de aquí naturalmente, y esto es lo que Juan Jacobo necesitaba por el pronto.

Sin embargo, no pensemos que por esto abandone sus primeras máximas, no: renunciar á ellas seria admitir la revelacion que impugna. Sienta principios cuando le vienen bien á su intento, y los deja cuando no tiene necesi-

¹ *Emile*, tom. 3, part. 133.

dad de ellos, reproduciendo seriamente sus precedentes aserciones

Así despues de haber afirmado que *un hijo nunca hace mal en seguir la Religion de su padre*, añade: « ¿ Busca- » mos sinceramente la verdad? pues no demos, ni con- » cedamos nada al derecho del nacimiento, ni á la auto- » ridad de los padres y de los pastores, sino llamemos y » sometamos al exámen de la conciencia y de la razon » todo cuanto nos han enseñado desde la niñez¹. » De lo que se sigue, ó que Juan Jacobo se contradice groseramente, ó que *un hijo nunca obra mal en no buscar sinceramente la verdad.*

Despues de haber promulgado, desenvuelto y aclarado el precepto de *amar y seguir la Religion de su país*, nos dice con la mayor serenidad: « En tanto que conceda- » mos algo á la autoridad de los padres, y á las preocu- » paciones del país en que se ha nacido, las luces solas de » la razon no pueden, segun el orden é institucion de la » naturaleza, llevarnos mas allá de la Religion natural². » ¿ No es en verdad un modo singular de confirmar el precepto de que se trata, enseñarnos que no tiene especie alguna de fundamento en la razon?

Pues esta misma proposicion ya la habia establecido expresamente Rousseau en el principio de la segunda parte de la Profesion de fe: « No veis, dice, en mi exposicion » mas que la Religion natural: *¡es bien extraño que se ne- » cesite otra!* ¿ Por dónde conoceré yo esta necesidad? » ¿ de qué puedo ser culpable sirviendo á Dios segun las » luces que da á mi entendimiento, y los sentimientos » que inspira á mi corazon? ¿ qué moral pura, qué dogma » útil al hombre y decoroso á su autor, puedo sacar de » una doctrina positiva, que no pueda sin ella sacar del » buen uso de mis potencias? Mostradme lo que para » gloria de Dios, y para mi propia utilidad se puede añ- » dir á las obligaciones de la ley natural; y decidme, » ¿ qué virtud hareis nacer de un nuevo culto, que no » sea una consecuencia del mio? Las ideas mas grandes » de la divinidad nos vienen de sola la razon. Poned los

¹ *Emile*, tom. 3, pág. 139. — ² *Emile*, tom. 8, pág. 204.

» ojos en el espectáculo de la naturaleza; escuchad la voz interior. ¿No lo ha dicho Dios todo á nuestros ojos, á nuestra conciencia, á nuestro entendimiento? ¿qué mas nos dirán los hombres?

» Era necesario un culto uniforme; convengo en ello: ¿pero este era tan importante, que fuese necesario todo el aparato del poder de Dios para establecerle? No confundamos la parte ceremonial de la Religion con la Religion misma. El culto que Dios nos pide es el del corazón; y aquel, cuando es sincero, es siempre uniforme; y es una vanidad bien loca imaginar que Dios toma un tan grande interés en la forma del vestido del sacerdote, en el orden de las palabras que pronuncia, en los signos que hace en el altar, y en todas sus genuflexiones. ¡Oh amigo mio! por mas elevado que estés, siempre estarás muy cerca de la tierra. Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad: este es un deber de todas las Religiones, de todos los países, de todos los hombres. Por lo que hace al culto exterior, si debe ser uniforme por el buen orden, es puramente un negocio de policía: para esto no se necesita revelacion¹.»

Partiendo de estos principios, y siguiéndolos hasta el fin, se llega á un resultado opuesto á las conclusiones de Rousseau; pero siendo estas, como antes hemos demostrado, contradictorias é implicatorias en sus mismos términos, sus discipulos se ven necesariamente impelidos á abrazar el sistema puro y simple de la Religion natural; es decir, que mirando todas las Religiones positivas como inútiles, absurdas, funestas, las desechan todas sin distincion; y se dispensan de practicar ninguna.

Rousseau, es verdad que distingue el *ceremonial de la Religion* de la Religion misma, que mira el culto exterior como un *puro negocio de policía*, y en el caso de que deba ser *uniforme*, sobre lo que no decide, parece aprueba que haya conformidad por *razon del buen orden*. Pero esta condescendencia es manifiestamente ilusoria; porque en toda Religion el culto, enlazado íntimamente con el dogma, no es, por explicarme así, mas que la expresion de este; de modo que no se puede racionalmente

¹ *Emile*, tom. 3, páginas 132, 135.

negar el uno, y practicar el otro. Así, en la Religion católica el Sacrificio de la Misa supone la presencia real de Jesucristo, su divinidad, etc. La confesion supone en los sacerdotes la potestad de *atar y desatar*, y lo mismo en los demás sacramentos. Para practicar pues este culto, es necesario ser, ó católico de buena fe, ó el hipócrita mas vil, y el mas cobarde impostor: no hay medio. Rousseau seguramente no dirá que la mentira, la impostura y la hipocresia son compatibles con la buena moral; pero aun cuando lo dijese, la dificultad no seria menor; porque el filósofo que contra su conciencia se mostrase exteriormente católico, contribuyendo por su ejemplo á conservar y propagar dogmas que, segun Rousseau, *hacen al hombre, soberbio, orgulloso, intolerante, cruel, y llevan el fuego y el hierro por toda la tierra*, cometeria uno de los mayores delitos y crímenes que la justicia de Dios puede castigar.

Para alucinar al lector, Juan Jacobo finge confundir el culto con lo que no es sino un ligero accesorio; á saber, *la forma ó hechura del vestido del sacerdote, sus signos y genuflexiones*. Pero este yerro voluntario prueba únicamente que ha presentado la objecion, y le ha parecido mas fácil desfigurarla que responder á ella.

Su sistema; pues purgado de las contradicciones heterogéneas con que lo reviste y carga con exceso, no es mas que un puro deísmo, especie de secta que abortó el socinianismo¹ hácia los principios del siglo XVI. Me-

¹ Quitada por los protestantes ó reformados la autoridad de la Iglesia, de la tradicion y de los Padres, y establecida en única regla de fe la Escritura, y dado á cada fiel el derecho de juzgar de su verdadero sentido, el cristiano abandonado á sí mismo en la interpretacion de la Escritura, no tuvo mas guia que sus propios conocimientos, y cada pretendido *reformado* solo deseubria en ella lo que era conforme á las opiniones é ideas que habia recibido, ó á los principios que él mismo se habia formado: y como casi todas las herejias no eran otra cosa que falsas interpretaciones de la Escritura, casi todas las herejias volvieron á aparecer en un siglo en que el fanatismo y la licencia de costumbres habian esparcido por la mayor parte de la Europa los principios de la reforma. Bien presto se vieron salir del seno de esta reforma sectas que ya atacaban los dogmas que el mismo Lutero habia respetado, tales como el de la

lancthon, testigo de los rápidos progresos de la *libertad de pensar* entre los protestantes, preveía con espanto los mayores desastres, y que no habría verdad ni dogma alguno que fuese respetado por los novadores ¹. Lutero había dado el impulso fatal; el espíritu humano se había por decirlo así, precipitado, y nada podía ya detenerle, ni suspender su caída; era preciso que fuese siempre

Trinidad, divinidad de Jesucristo, eficacia de los sacramentos, necesidad del Bautismo; pero entre todas ellas se levantó con la fama universal la de los *Socinianos*, dicha así de los Socinos, tío y sobrino, Lelio y Fausto. El primero había asistido con Okino y otros el 1546 á la famosa junta ó conferencia de Vicenza; donde resolvieron la destrucción del cristianismo, y él concentró sus esfuerzos para renovar el arrianismo y arruinar la Religión por sus cimientos, atacando particularmente los misterios de la Trinidad y Encarnación: no pudiendo ocultarse aquella trama á la autoridad, y temeroso de la Inquisición, huyó de Italia, y murió en Zurich el 1562: heredero su sobrino de sus escritos, empezó á propagar sus errores, escribió comentarios sobre la Escritura, y otros diversos tratados, siempre con las mismas miras y objeto. Su fe, y la de todos los Socinianos; estaba reducida á una naturaleza y simplicidad, dice el célebre autor *del Origen, progresos y estado actual de la literatura*, que contenía poco mas que la religión natural; pero como ellos enseñaban con todos los protestantes que era necesaria la Escritura, se aplicaron á interpretar del mejor modo posible los pasajes que en ella presentan mas aire de sobrenaturalidad en los dogmas de la Religión, y no admitían, ni querían abrazar dogma alguno á que no pudiese alcanzar el entendimiento humano. Trabajando siempre en esto, y huyendo de un lugar á otro, Fausto se fijó últimamente en Polonia, donde murió el 1604. Sus discípulos se hicieron allí un gran partido, pero por sus excesos fueron arrojados del reino el 1654: para escarmiento además, de orden de los magistrados se desenterraron las cenizas de Fausto Socino su maestro, y llevadas á las fronteras de la pequeña Tartaria, metidas en un cañón, se arrojaron así al país de los infieles: decayeron con este motivo mucho sus sectarios en aquellas partes; pero si se considera que el *deísmo* es una rama muy natural de esta herejía, y que el ateísmo moderno dimana y se deriva de ella de un modo igualmente seguro (como prueba nuestro autor, y afirma el *Diccionario Enciclopédico*), podemos decir que esta herejía es una de las más fecundas y más formidables que jamás han existido; y en verdad que en nuestros días se han dejado ver bien los efectos de la dicha conjuración tramada contra el cristianismo.

¹ Lib. 4, Epist. 14.

cayendo hasta que llegase al fondo del abismo. Aunque el calvinista Viret sea el primero que en una obra publicada el 1563 hace mención de ciertos sectarios que tomaban el nombre de *Deístas* ¹, su origen es mas antiguo; y en los escritos de los fundadores del protestantismo, especialmente en sus cartas confidentiales, se ve que la *Reforma* se sentía ya desde entonces interiormente atacada de no sé qué enfermedad terrible, que á ella misma la horrorizaba. Tristes presentimientos agitaban á sus jefes, quienes no descubrían en lo porvenir mas que *horrorosos combates de opiniones, y guerras mas desapiadadas y crueles que las de los centauros*. ¡*Buen Dios*, exclamaba uno de ellos, *qué tragedias verá la posteridad* ²! Sin embargo, el contagio se propagaba de unos en otros: la *santa libertad evangélica* preparaba infatigablemente la destrucción del Evangelio, porque la *libertad* era entonces tambien el grito de reunión de los sectarios como lo ha sido despues de los revolucionarios y rebeldes; y la *libertad de obrar* que trastorna y ha destruido el orden político, no era mas que una consecuencia de la *libertad de pensar* que había trastornado el orden religioso.

Un siglo despues de Socino el veneno del deísmo circulaba ya por todas las venas de la *Reforma*, y sus teólogos rígidos, pocos ya en número en esta época, no hablan sino de los espantosos progresos de la indiferencia de las Religiones en su seno. Lloraban el mal, pero no podían aplicarle el remedio. El árbol llevaba su fruto, y este, por mas amargo y dañoso que pareciese cada dia, ¿cómo se podría impedir que naciese y madurarse, mientras se conservaba y cultivaba con pasión el árbol que natural y necesariamente le debía producir?

De este modo la Inglaterra y la Holanda, receptáculos impuros en donde fermentaba la hez de las sectas, que el furor de innovar abortaba incesantemente, se poblaban de una nueva especie de hombres, que con el nombre de *tolerantes*, de *pensadores libres*, minaban todas las columnas de la sociedad, y las bases todas del Cristianismo. En Francia, donde tomaron el título de espíritus fuertes,

¹ Véase el Dic. de Bayle, art. Viret.

² Historia de las Variaciones, lib. 5, n. 31.

contenidos por el temor de las leyes se multiplicaron con lentitud, y se ocultaron entre espesas sombras en tanto que vivió Luis XIV. Si de cuando en cuando *un ruido sordo de impiedad* venia á alarmar el oído atento de Bosuet, é indignar su grande alma, este ruido no era todavía, digámoslo así, mas que subterráneo, y la incredulidad temerosa se ocultaba de las miradas de los obispos y de los magistrados, custodios, conservadores y defensores de la sana doctrina. Aquel siglo fué para la Francia el de la gloria y el de la Religion. Con la regencia se dió principio á un periodo bien diferente¹. Las costum-

1 Apenas habia espirado Luis XIV, dice Proyard, cuando el Regente duque de Orleans, dueño absoluto de los negocios, abrió la puerta en Francia á todo el mal que habia querido precaver el Rey difunto. Este principe al tiempo de morir le habia dicho en presencia de su corte: *Vais á reinar: lo que especialmente os recomiendo es la Religion*. Pero apenas el Monarca cerró los ojos, cuando la Religion encontró en él y sus consejeros sus mayores enemigos. Con un descuido y abandono que tocaba en irreligion, y hay quien diga que en ateísmo, suprimió el *Consejo de conciencia*, al que confiaba la piedad de Luis XIV las causas religiosas: era inútil para un impio. Creólo despues, y fué peor, pues lo abandonó á los jansenistas; y sus miembros, incluso el presidente (*el famoso Card. de Noailles, quien despues abjuró sus errores*), eran refractarios. Volvieron á entrar triunfantes en la capital todos los que la sabiduría del gobierno tenia separados; el confesor del Rey difunto con otros varios jesuitas fueron desterrados, y aun todos ellos sufrieron un entredicho general en París y toda la diócesis. Sin embargo, cansado el duque Regente y temeroso de las cabalas jansenísticas, convirtió en rigor el favor que les habia dispensado, y los separó del Consejo de conciencia. Pero no cesó este escándalo sino para dar lugar á otro, pues tuvo la imprudencia, é impudencia de dar una plaza en él á Dubois, el hombre mas inmoral, y notoriamente conocido en toda Francia por sus desórdenes: habia sido su maestro, y se convirtió en favorito despues de haber sido fautor de sus primeras disoluciones. Desde entonces se miraron con desprecio en el gabinete los intereses de Dios, para cuya gloria solo deben reinar los que solo reinan por él, y la Religion fué humillada hasta ponerla á nivel con las instituciones humanas que emplea la política para contener y dirigir la multitud. Entonces se oyó por primera vez el monstruoso axioma de que *con conciencia no se medra*, y que para un hombre de estado la *fidelidad* en las palabras, y la *buena fe* en los tratados no debe ser mas que el arte de engañar con habilidad,

bres de Felipe, y sus opiniones conocidas habian prometido á los espíritus fuertes un protector digno de ellos; y en efecto, apenas el vicio se apoderó del poder, conocieron que iban á reinar. El ejemplo del principe, la vanidad, el cebo del libertinaje y disolución, llenaron sus filas de una multitud de prosélitos salidos por la mayor parte de las clases mas distinguidas de la sociedad. Su audacia, aumentada por el buen éxito, traspasó los últimos límites, y atacaron de frente todas las creencias é

dando al doble la apariencia de la rectitud. Esta moral tan horrosa era conforme al carácter de su favorito, y fué su regla constante. Desembarazados por este medio de las trabas de la conciencia estos acusadores de la probidad de Luis el Grande, hallaron el secreto de adelantar, pero fué en un sentido deplorable. La Francia, que se habia recreado con la idea de un porvenir venturoso bajo el gobierno de un principe idolatrado por sus virtudes (el Delfin duque de Borgoña), privada cruelmente por su muerte (hay sospechas demasiado fundadas de veneno), de esta esperanza, se vió obligada á gemir bajo el peso de todos los vicios. El Regente no la ofreció mas que escándalos domésticos, y calamidades en el estado, los *asignados* de Law, y la bancarrota pública. Este infame principe habia convertido su palacio en un serrallo de prostitutas, donde tenia por comensales á los hombres mas disolutos, y los impíos mas famosos de su tiempo. Su corte, que era un volcan de disolución, inundó en pocos años con sus lavas impuras la capital y las provincias. Su administracion no parecia sino una crítica tan indecente como injusta del reinado anterior; pero trastornándolo todo con sus innovaciones, hacia correr la voz de que no hacia mas que poner en práctica los planes del duque de Borgoña para cubrirse con una sombra tan querida. No se respetaron mas las disposiciones del difunto Rey relativas á la persona y educacion de su sucesor; antes le quitaron al Rey pupilo su confesor y su ayo. Cada dia señalaba el Regente, Felipe de Orleans, su menosprecio de las costumbres con un nuevo escándalo. Su fin fué digno de su epicureísmo, y el último acto de su vida fué tambien el último de sus delitos. Encenagado en la crápula y disolución, pasó repentinamente, y sin que mediase ni un instante, de los brazos de una prostituta á los de la muerte y eternidad: tal suele ser la suerte de quien vive así. Mas ¡cuánto no recuerda este cuadro los dias de aquel Sibarita, en los que se abrieron las puertas tambien á nuestros males! Desde aquella época debemos tambien nosotros datar la de los progresos de la impiedad: antes se oia una que otra voz de alarma, desde entonces se empezó á hacer comun, y así halló preparados tantos espíritus en la revolucion constitucional. *P. Laso*, nota octava.

instituciones religiosas, *Toussaint* dió la señal por el libro de *las costumbres*¹, que sublevó contra él toda la Francia cristiana. Pero otros escándalos mucho mayores hicieron bien pronto olvidar este primer escándalo. Un hombre de un ingenio extraordinario, pero no menos corrompido y depravado², se persuadió que faltaría algo á

1 « *Toussaint* (Francisco Vicente), que en un principio, dice » M. Fieeve, había sido jansenista y aun convulsionario, se hizo » deísta para ser acogido de los filósofos, y ateo para conservar el pan » que le daba el rey de Prusia. » Su libro de las *Costumbres*, publicado el 1748, abrió la marcha á todos los de la impiedad; deísta en él, bajo un título que parece debía prescribir reglas de sana moralidad, las trastorna todas: permite los *amores y conversaciones galantes*; defiende y llama al *concubinato union mas pura, mas santa y mas estimable* que el matrimonio; aniquila el *respeto de los hijos* para con sus padres; condena el *juramento* en juicio, niega á la autoridad el *derecho de castigar* con pena de muerte á los malvados, etc.: pero volvió en sí en sus últimos dias. « Este in- » feliz, añade el mismo Fieeve, en la hora de la muerte hizo reunir » á toda su familia al rededor de su cama, la pidió perdon de haber » ridiculizado delante de ellos una Religion, que siempre en su interior había creído verdadera, y con lágrimas en los ojos, confesando que solo el interés le había conducido á tanta vileza é infamia, conjuró á su hijo que viviese como hombre de bien, y como » *buen cristiano*, pues que el crimen que Dios no podría perdonar á un padre seria el haber corrompido á sus hijos, y no procurar el » desengañarlos. » Nació en París el 1715, y murió en Berlin el 1772: ejerció en París la abogacía, que dejó por darse á la literatura; trabajó en Bruselas en *les Nouvelles publiques*, y el 1764 se le dió la cátedra de elocuencia en la academia de Berlin: los artículos de *jurisprudencia* de los dos primeros tomos de la *Enciclopedia* son suyos, y varias *memorias* de los últimos tomos de la academia de Prusia.

2 *Voltaire*: este hombre, no menos extraordinario por la profunda perversidad de su corazón, que por la extension de su genio, empleó los años de su larga vida en hacer la guerra al Cristianismo, en corromper las costumbres, en esparcir por todas las clases el espíritu de orgullo, de rebelion é independencia; en ensalzar la razon sobre todo, en presentarla como la única divinidad digna de ser honrada, en apresurar y acelerar aquellos dias de espantosa memoria en que la persona de una prostituta debía presentarse sobre los altares, y recibir las adoraciones públicas de un pueblo que había venido á ser ó tan estúpido que le diese culto, ó tan aterrado para permitir que se le tributase. Trabajaba en las sombras para acabar

su fama, y su reputacion no seria completa, mientras quedara un adorador á Jesucristo. La actividad increi-

toda creencia religiosa; pero especialmente la que unia á los pueblos á Jesucristo, sin la cual ni hay salvacion en la otra vida, ni civilizacion en esta; dirigia en una *Correspondencia* confidencial la ejecucion del plan que debía traer el trastorno de los Tronos y de los Altares; lanzaba incesantemente de su fecunda pluma libros sediciosos, inmorales, henchidos de licencia é infamia; y tiernamente inquieto por los discipulos á quienes podia alcanzar la vindicta de las leyes, prescribe y traza á cada uno con una prevision maternal la conducta que en un caso imprevisto deberian tener. Abrase la voluminosa coleccion de sus obras: ciertas apariencias de orden y regularidad; máximas graves sobre la existencia de un primer Ser; brillantes homenajes á la Providencia, á la Religion, á su divino Autor, á la Iglesia, etc., harán acaso admirar un hombre grande; pero penétrese hasta el secreto de sus confianzas intimas, donde se descubren los misterios, y él manifiesta sus verdaderos sentimientos con tanta mas violencia y energia, cuanto que fuera de allí se ve obligado á contenerlos en su corazón: ¿qué veis? un hombre sin diós, sin fe, sin ley: un hombre que no reconoce mas divinidad que *la sagrada majestad del Acaso* (Cart. de 29 de Marzo de 1773); mas Providencia que *su divina majestad el Destino* (ibid.); otra moral que la *del Placer* (21 de Diciembre de 1772); otro fin que el de una *máquina, ó de un pájaro que está en una jaula* (Junio de 1758); un hombre á quien *nada le importa lo que despues de muerto harán de su miserable cuerpo, y de su imaginaria alma* (22 de Diciembre de 1772). La palabra sola de *Religion* excita en él accesos de rabia y de delirio: dice y repite que *todas las religiones no se han hecho sino para los picaros é imbéciles*; que la Religion cristiana en particular no es mas que un *pan negro que se debe dejar á los perros* (5 de Enero 1767), y *sin contradiccion la mas ridicula, la mas absurda, y mas sanguinaria que jamás ha inficionado al mundo*. (ib.) Encarnizado personalmente contra el Fundador de esta Religion divina, como contra un rival, cree no poder satisfacer la horrible ansia que tiene de exhalar su odio, sino vomitando injurias á borbotones. Groseramente sacrilego halla un placer estúpido en tomar el nombre de *Burla-Cristo* (24 de Julio de 1760): el infierno le sugiere llamar *Infame* (perdónesenos el decirlo por que se le defeste) á Jesucristo y á su culto, y obedece á estas diabólicas sugerencias; y dirigiéndose á todos los que el orgullo del entendimiento, la depravacion de la voluntad, el desarreglo de las pasiones, la impaciencia de la subordinacion, el ansia de los bienes ajenos debía alistar bajo las banderas de su *filosofía*; en una palabra, á todos los revolucionarios presentes y futuros, les grita:

ble de este hombre, sus grandes talentos, su odio implacable contra la Religión, todo contribuyó á colocarle á la cabeza del partido filosófico, por el que trabajó mas que ningun otro en aumentarle y fomentarle. La muchedumbre se atropó al rededor de su gloria, y públicamente se tramó una violenta conjuración contra el Cristianismo. Ya habia mucho tiempo que existia en secreto,

Guerra al infame; oprimid, acabad con el infame, y no se aflige al tocar ya á las puertas de la muerte sino *por no poder ayudar á los que combatirán contra el infame*; ni se consueta en morir sino por esta exclamación que lo manifiesta todo entero: *Dentro de veinte años, bueno estará Dios* (25 de Febrero de 1758). El P. Le Jay, herido del atrevimiento de sus ideas cuando pequeño, le predijo que *vendría á ser en Francia el Corifeo del deísmo*, y el suceso ha justificado la profecía. — No hay fuerza en el mundo que pueda soportar el peso de indignación y de oprobio, que cae sobre los Carrier, Lebon, Saint-Just, los Marat, Robespierres, y sus atroces cómplices; sin embargo para no ser injustos con estos desventurados, es preciso reconozcamos que ellos no hicieron mas que realizar los votos, llenar las intenciones, y en algun modo ejecutar el testamento del Patriarca de la Filosofía. Cuando el edificio social agitado en sus diversas partes se desplomaba todo, en aquella hora de ruinas uno de los obreros de la destrucción proclamó la grande obligación que le tenia el mundo: *« No ha visto todo lo que ha hecho, pero él ha hecho todo lo que vemos*. Los observadores ilustrados, los que sepan escribir la historia, probarán á los que saben reflexionar, que *el primer autor de esta grande revolución* que asombra hoy la Europa, es sin contradicción Voltaire. Él fué el primero que hizo caer la primera y mas formidable trinchera del despotismo, *el poder religioso y sacerdotal*. Si él no hubiera quebrado el yugo de los sacerdotes, jamás se hubiera roto el de los tiranos.... » (*Mercurio de Francé* de 7 de Agosto de 1790, redactado entonces por sus discípulos Laharpe, Marmontel y Chamfort). Cuando en la asamblea los *hermanos* llevaron como trofeo las insignias de la *superstición* destruida, su digno presidente Laloy les dijo: *« En vuestro aire republicano veo que la filosofía os ha conducido: habeis hecho desaparecer diez y ocho siglos de error. »* (*Moniteur* de 93.) ¿Cuándo se abrirán los ojos para ver á donde guia esa filosofía altanera? Testigos de tantos desastres, ¿no escarmenaremos nunca? Despues de treinta y mas años de castigos enviados á la Europa para hacerla comprender que *cuando se desconoce la Religión se destruye la majestad*, que *trastornado el altar*, lleva en sus ruinas los tronos, ¿serán perdidos aún para ella? Véase la cita de la pág. 114.

segun el parecer de Jurieu, quien nos asegura que muchos de los ministros refugiados en Holanda, despues de la revocación del edicto de Nantes, eran indiferentistas ocultos, que formaban en las iglesias reformadas de Francia, de muchos años atras, aquel *desventurado partido que conjuraba contra el Cristianismo* (*Tableau du Socinisme*, let. 1, p. 5). Este testimonio no es sospechoso, y nos hace saber tambien á que escuela pertenecian los primeros autores de la guerra contra la Religión revelada.

Esta escuela no ha cesado un momento de suministrar y proveer de tropas auxiliares á la misma causa. Bayle era protestante: Rousseau, protestante tambien de nacimiento, no ha hecho mas que desenvolver los principios de los protestantes: los deístas ingleses, de quienes Voltaire y sus discípulos han tomado casi toda su ciencia anticristiana, eran protestantes, y protestantes mas consecuentes que los otros, como probaremos. Si: se principió por reformar ó abolir ciertos dogmas, y se acabó por reformarlos todos, inclusa la revelación. En este punto tomaron los filósofos modernos el protestantismo, y siempre *reformando*, llegaron hasta reformar el mismo Dios, y querer realizar la monstruosa ficción de un pueblo ateo, inventada por Bayle, y tan del gusto de Diderot y de todos los sabios de su escuela. Desde entonces fué fácil convencerse que la impiedad tan humana y tan dulce en sus palabras, sabria á su tiempo valerse igualmente de la hacha del verdugo y de la pluma del sofista.

Durante los primeros años que siguieron á esta sangrienta época, la filosofía, que apenas acababa de bajar de los cadalsos, donde habia tenido y tenia sus cortes y sesiones, todavia, si puede decirse así, respirando muertes, no fué mas que un ateísmo horroroso y fanático. Poco á poco se fué acostumbrando á oír pronunciar sin enfurecerse el nombre de Dios. Robespierre habia dado el ejemplo de tolerar al Ser Supremo, y á la inmortalidad del alma, y se juzgó cuerdamente que nadie tenia derecho para mostrarse menos tolerante que Robespierre¹.

¹ Como el autor hablaba á un pueblo que ha presenciado estos horrores y extravíos, se contenta con indicaciones; permitasenos recordarlos á nuestros jóvenes para que vean á donde conduce la